

## HUECOS Y VOLÚMENES

© Alberto Omar Walls

Para cuando veas esta obra procura ser un buen observador. Resguárdate en medio del silencio y concéntrate en mirar el exquisito vuelo de las semillas revoloteando en el aire, quizá impulsadas por tu propia respiración. Nos sustentamos sobre la columna de lo que no vemos. Pero deberás saberlo de una vez por todas: ahora mismo se está creando nueva vida, porque todo fue antes semilla y soplo.

Sólo cuando se te produce una sinestesia entre los sentidos físicos, podrás llegar a mirar con el tacto. El tacto que mira se te desliza sobre las superficies con la agilidad y ritmo de un niño. Adviertes que tus ojos palpitan en las yemas de los dedos, acariciando la nobleza de la madera, dejándose libremente ahuecar entre sus vacíos, sintiéndose transportar por una música silente que se camufla entre las vetas de las maderas.

Son cuerpos compactos que trajinan con los distintos planos que las ondulaciones de los vegetales les propician. Sabemos que se trata de una materia dura, densa y resistente

que alberga todas las posibilidades. Y su médula irá más allá de la celulosa, lignina o taninos, porque se desmaterializa para reconstruirse en piezas de arte. Como si nos propusiera realizar un proceso al revés, las semillas y volúmenes de Francis Viña nos recuerdan otras cosas distintas. Como artista, es ahí donde comienzan las metáforas de su expresión poemática. Apuntan las formas pulidas a tantas direcciones, que el espectador tiene el permiso de fabular a sus anchas. Puede palpar con los ojos que oyen el lejano y hueco sonido que se extrae de la forma tubular, o juntar sus labios humanos con los del sapelli, en un beso vegetal, ahondándose tras de su imaginación que se adentrará en el túbulo del aún presente eucalipto. Allí, en su interior, en la oscuridad de su placenta fosilizada, quizá el espectador volverá a ser árbol y sus ramas se extenderán más allá de cualquier esperanza humana.

Porque todos procedemos de la misma semilla que conforma la Naturaleza, y nuestros cuerpos y mentes serán esas hojas que se contorsionan llevándonos y trayéndonos por entre los vacíos del aire. Juega el artista con las ausencias como si fueran sus especiales caprichos, porque aunque no verás el árbol, nos fragmenta los elementos compositivos que siempre contienen algunas herencias de la vieja semilla.

La semilla creativa del artista se vacía en los árboles, esos seres gigantescos que se crecen a través del cambium, por donde circula la savia que robustecerá la imaginación del

espectador, cerrándose en un ciclo vitalista donde lo funcional procede del vacío. Y del placer. Pero la transformación de esa semilla estética, desde la que parte Francis Vina, también se vacía en nuevas formas que habitan en la imaginación ya conformada del espectador. Las semillas y volúmenes despertarán esencias metafóricas. No nos importará que la supuesta hoja de árbol, tallada en madera, aparente ser una hoja de acanto de capitel corintio o una hoja real de pino, eucalipto o cupreso, porque lo que interesa es el conjunto de estímulos con que nos incita el artista a imaginar. La semilla se vacía en la forma que deviene en árbol, ramas, follaje, hojas o resinas. Se trata de que reflexionemos sobre las potencialidades del vacío.

Nos impele a indagar con todas las consecuencias en el interior de ciertas formas concretas. A meter los dedos, los ojos o la lengua, y a fisgar llevando la nariz hasta donde nos llegue. Mas es cierto que hay superficies muy pulimentadas en las que el artista nos obliga a deslizarnos, impidiéndonos así que lleguemos al descubrimiento profundo o exacto de sus metáforas y secretos. Son gajes de la perfección buscada.

A lomos del aire abanicen las hojas las semillas que ruedan buscando terrenos fértiles donde depositarse y crecer. Está claro que los vacíos de la maricosa integran y aglutinan los otros segmentos que no están presentes, de un ser que nunca existió. O quizá esas dos hojas, estratégicamente dispuestas, fueron alguna vez las alas de una mariposa real que se quemó

por demasiado acercarse a la luz llameante de una lámpara vital. O uno de los restos de la memoria arqueológica del niño que dejó de creer tanto en Peter Pan como en Campanilla, porque se dispuso a crecer.

Toda pieza se alía con la belleza, y todas ellas tienen la valentía de enseñarnos la epidermis vital. Aunque a veces las hojas se hallen convertidas en lanzas, conllevan un sensible doblarse en sutiles contorsiones de sus supuestas puntas de ataque. Se envuelven porque encierran un vacío silente, no obstante simular lo metálico.

Vuelvo al inicio. Si el artista te dejara hacerlo, intenta esta prueba: cierra los ojos para llevar la densidad del mirar a las yemas de tus dedos. Y carga tu olfato de vivencias ocultas. Olvídate del entorno y acaricia una semilla, palpa una hoja, pasea tu piel sobre la epidermis de un tritoro o una voladora. Oirás entonces los pájaros trinar en un orquestado metafórico y asistirás al urgente reverdecer de un gigantesco cedro perfumado y al florecer de un hermoso, mágico y centenario moral. En esa sinestesia de sentidos, hallarás parte de la esencia funcional de estos espacios que tanto se contorsionan como se ahuecan. Prepara tu mente para la poesía de las formas, para redescubrir y hallar emociones y sentimientos ocultos en los poros diminutos de las maderas.

Recuerda, aquí los volúmenes son las semillas de otras significaciones.